

El alondra león quejumbrosa y saltarina

Érase una vez un hombre que debía emprender un gran viaje, y al despedirse preguntó a sus tres hijas qué querían que les trajera de regalo.

Entonces la mayor deseó perlas, la segunda diamantes, y la tercera dijo: «Padrecito, tráeme una alondra leona que cante y salte». El padre respondió: «Bien, si la consigo, te la traeré», besó a las tres hijas y partió.

Cuando ya se encontraba de regreso hacia casa, llevaba consigo las perlas y los diamantes para sus dos hijas mayores, pero había buscado en vano por todas partes al cantor y saltador alondra leona para su hija menor, y esto le afligía tanto más cuanto que esta hija era su favorita.

Su camino atravesaba un bosque, y en medio de aquel bosque se alzaba un hermoso castillo; junto al castillo crecía un árbol, y en lo más alto de su copa cantaba y saltaba la alondra leona. «¡Vaya, qué oportuno que te haya aparecido ante mis ojos!», dijo, completamente satisfecho, y ordenó a su criado que subiera al árbol y atrapara al pajarillo.

Pero apenas se acercó al árbol, cuando de debajo de él salió de un salto un león, se sacudió y rugió con tal fuerza que las hojas de los árboles cayeron al suelo. «¡Destrozaré a quien se atreva a robarme mi alondrilla cantora y saltadora!», gritó el león amenazadoramente.

Entonces el padre dijo: «No sabía ni tenía noticia de que el pájaro te perteneciera; estoy dispuesto a reparar mi falta y pagarte un caro rescate; solo te ruego que perdones mi vida».

El león respondió a esto: «Nada puede salvarte, salvo que prometas entregarme aquello que, al regresar a casa, salga primero a tu encuentro; si me lo prometes, te concederé la vida y además te daré mi alondra para tu hija».

El padre no se decidía a consentir en ello y dijo: «Fácilmente podría salir a mi encuentro mi hija menor, que entre todas mis hijas es la que más me quiere y siempre corre hacia mí cuando regreso a casa de mis viajes».

Pero el criado, temiendo por su señor, dijo: «¿Por qué necesariamente ha de ser vuestra hija quien salga primero a vuestro encuentro, y no un gato o un perro?»

Así, el padre se dejó convencer, tomó consigo al cantor y saltador alondra y prometió entregar al león, en plena propiedad, aquello que primero saliera a su encuentro al regresar a casa.

Cuando llegó a su hogar y entró en la casa, la primera que salió a su encuentro fue su hija menor, la favorita. Corrió hacia él, lo besó y lo abrazó, y al ver que le traía al cantor y saltador alondra, quedó fuera de sí de alegría.

Pero el padre no podía alegrarse; al contrario, lloró y dijo: «Hija mía querida, he comprado este pequeño pájaro a un precio muy alto: por él tuve que prometer entregarte a un león salvaje para que te destrozara»; y, contándole todo tal como había sucedido, le rogó que no fuera donde el león, ocurriera lo que ocurriese.

Pero la hija lo consoló y dijo: «Querido padrecito, vuestra promesa debe cumplirse; iré donde el león e intentaré ablandarlo, y confío en volver a vuestro lado ilesa».

A la mañana siguiente pidió que le indicaran el camino hacia aquel castillo, se despidió de su padre y entró tranquilamente en el bosque.

Aquel león era un príncipe encantado que durante el día tenía forma de león, y todos sus servidores también eran leones; pero por la noche todos recuperaban su figura humana.

La doncella fue recibida por el león con gran alegría y conducida al castillo.

Al llegar la noche, él se transformó en un apuesto joven y celebró solemnemente su boda con la doncella. Vivían juntos en plena felicidad y armonía; dormían de día y permanecían despiertos de noche.

Un día el león fue donde su esposa y le dijo: «Mañana hay una gran fiesta en la casa de tu padre: tu hermana mayor se casa, y si deseas asistir a esa fiesta, mis leones te llevarán allí». Ella respondió que con gusto volvería a ver a su padre, partió hacia la casa paterna y los leones la acompañaron.

Todos se alegraron de su llegada, pues ya pensaban que el león la había destrozado hacía tiempo y que ya no vivía.

Ella les contó qué marido tan maravilloso tenía y cuán bien le iba la vida, y después de pasar con ellos todo el tiempo que duraron las festividades nupciales, regresó al bosque junto a su esposo león.

Cuando su segunda hermana se casó y fue invitada nuevamente a la boda, dijo al león: «Esta vez no viajaré sola; tú también debes venir conmigo».

Pero el león respondió que ese viaje entrañaba para él un gran peligro: si allí, en la casa de su padre, un rayo de luz de una vela encendida lo tocaba, se convertiría en paloma y durante siete años tendría que volar junto a las palomas. «¡Vamos, ven conmigo!», dijo ella. «Yo te protegeré y te guardaré de toda luz».

Así partieron juntos de viaje, llevando incluso consigo a un niño pequeño. Ella ordenó que allí le prepararan un salón especial y lo protegieran tan firmemente contra la luz que ningún rayo pudiera penetrar en él procedente de las velas nupciales cuando fueran encendidas en la casa; allí debería permanecer constantemente el león. Pero la puerta de aquel salón estaba hecha de madera húmeda, que produjo una pequeña grieta, casi imperceptible para el ojo humano.

La boda se celebró con gran esplendor; cuando el cortejo nupcial, de regreso de la iglesia, pasó frente al salón del león con multitud de velas y antorchas encendidas, un rayo de luz fino como un cabello cayó sobre el príncipe encantado y, apenas lo rozó, ya se había convertido en paloma...

Cuando la esposa fue donde su esposo león, ya encontró en su lugar una blanca palomita. La palomita le dijo: «Durante siete años deberé volar por el mundo en forma de paloma; pero a cada siete pasos dejaré caer una gota de sangre y una pluma blanca, que te indicarán mi camino; y si sigues esa huella, podrás librarme del hechizo».

Y así la palomita echó a volar, y ella la siguió, y a cada siete pasos caían ante sus ojos sobre la tierra una gotita de sangre y una pluma blanca, señalándole el camino.

Así caminó ella cada vez más lejos por el mundo de Dios, sin volver la vista atrás, y ya casi habían transcurrido los siete años: ya comenzaba a alegrarse y pensaba que pronto quedarían libres del malvado hechizo, mientras tanto aún les quedaba mucho por sufrir.

Un día, mientras seguía su camino habitual, las gotas de sangre y las plumitas dejaron repentinamente de caer desde arriba, y cuando miró hacia arriba, ¡la palomita había desaparecido de su vista!

Se le ocurrió que los hombres no podían ayudarla en su desgracia; por eso fue donde el sol y le dijo: «Tú iluminas todas las rendijas y recorres todo el mundo, ¿no has visto cómo volaba la blanca palomita?» —«No», respondió el sol, «no he visto ninguna paloma blanca; pero puedo regalarte una cajita, que solo abrirás cuando te encuentres al borde de la perdición».

Ella dio las gracias al sol y continuó su camino, caminando hasta la noche, y cuando salió la luna, le preguntó: «Tú brillas toda la noche sobre los bosques

oscuros, sobre los prados floridos, ¿no has visto cómo volaba la blanca palomita?» —«No», dijo la luna, «no he visto ninguna paloma; pero te regalo un huevo, y ese huevo solo lo romperás cuando estés al borde de la perdición».

Ella dio las gracias a la luna, prosiguió su camino y caminó hasta que el viento nocturno comenzó a soplar sobre ella. Entonces también a él le dijo: «Tú soplas por todas partes, por los árboles, por los arbustos, por las ramas, por las hojitas, ¿no has visto cómo volaba la blanca palomita?» —«No», le respondió el viento nocturno, «no he visto la paloma blanca; pero espera, preguntaré a los otros tres vientos; quizás ellos la hayan visto».

Los vientos del este y del oeste no habían visto nada; pero el viento del sur dijo: «Yo vi la paloma blanca; voló hacia el Mar Rojo y allí volvió a convertirse en león, pues ya había cumplido sus siete años como paloma, y ahora ese león lucha allí con un dragón, y ese dragón no es otra cosa que una princesa encantada».

Entonces el viento nocturno le dijo: «He aquí lo que te aconsejo: ve al Mar Rojo; allí, en la orilla derecha, crecen altas varas; cuenta once de ellas, corta la undécima y golpea con ella al dragón; entonces el león podrá vencerlo, y tanto el león como el dragón recuperarán de nuevo su forma humana. Luego mira a tu alrededor y verás un buitre sentado junto al Mar Rojo; arrojaos juntos, tú y tu amado, sobre su espalda: él os llevará a casa cruzando el mar. Y esa nuez que tienes, cuando estéis en medio del mar, déjala caer, y al instante brotará y crecerá desde el agua un gran nogal, en el cual el buitre pueda descansar, pues si no descansa en medio del mar, no tendrá fuerzas para llevaros

llevarla. No olvides dejar caer la nuez; de lo contrario, el grifo os dejará caer a vosotros mismos en el mar».

Llegó ella al Mar Rojo y halló todo exactamente tal como le había dicho el viento nocturno. Contó las varas en la orilla y cortó la undécima; golpeó con la vara al dragón, y el león lo venció, e inmediatamente ambos se transformaron en seres humanos.

Pero tan pronto como la princesa, que había sido convertida en dragón, quedó libre del hechizo, asió al joven de la mano, saltó con él sobre la espalda del grifo y desapareció.

Entonces la pobre peregrina quedó de nuevo completamente sola, abandonada por todos, se dejó caer al suelo y comenzó a llorar. Finalmente cobró ánimo y dijo: «Iré en busca de mi amado y lo buscaré por doquiera donde aülle el viento y donde cante el gallo, hasta que lo encuentre».

Y partió, y caminó mucho o poco tiempo, hasta llegar al castillo donde su esposo vivía con la princesa. Allí supo que pronto se celebraría su boda y, invocando la ayuda de Dios, abrió la cajita que había recibido como regalo del sol: dentro de aquella cajita había un vestido que brillaba tan intensamente como el sol.

Sacó ese vestido, se lo puso y fue al castillo, y todos los invitados reunidos para la fiesta, e incluso la propia novia, la miraron con asombro; y el vestido gustó tanto a la novia, que ella misma quiso llevarlo en la boda, y preguntó: «¿No está en venta?» —«El vestido no es vendible, sino sagrado —respondió la abandonada—; no lo daré por oro ni por plata, sino por mi propio bien».

La novia preguntó qué quería decir con eso. Y ella respondió: «Déjame pasar una noche en la habitación donde duerde tu prometido». La novia no consintió al principio, pero deseaba obtener el vestido, y finalmente accedió, aunque ordenó al criado de su prometido que le diera esa noche una bebida somnífica.

Al llegar la noche, cuando el joven ya estaba dormido, su legítima esposa fue introducida en su alcoba. Entonces ella se situó junto a su cabecera y comenzó a hablar: «Siete años seguidos te he seguido, acudiendo al sol y a la luna, y visitando a los cuatro vientos; en todas partes pregunté por ti, te ayudé en la lucha contra el dragón... ¿acaso quieres olvidarme por completo?» Pero el príncipe dormía tan profundamente que no oyó sus palabras; solo le parecía oír el rumor del viento entre los abetos...

Al amanecer, sacaron de nuevo a la esposa de la alcoba, y ella hubo de entregar su vestido de oro a la cruel novia.

Cuando esto tampoco sirvió de nada, la desdichada esposa se entristeció, salió del castillo hacia el prado, se sentó allí y comenzó a llorar. Y mientras estaba sentada, recordó el huevo que la luna le había regalado: lo rompió, y de aquel huevo salió una gallina dorada con doce polluelos de oro, que corrían a su alrededor picoteando el alimento, y luego volvían a meterse bajo el ala de su madre; y todo aquello era tan hermoso, que nada más bello existía en todo el blanco mundo.

Entonces ella se levantó, los condujo delante de sí por el prado y los hizo correr hasta que la novia los vio desde la ventana; y los pequeños polluelos le gustaron tanto, que inmediatamente bajó al prado y preguntó: «¿No están en venta?» —«No los venderé por oro ni por plata —respondió la esposa abandonada—, sino por mi propio bien; permíteme dormir otra noche más en la habitación donde duerde tu prometido».

La novia consintió y quiso engañarla como la vez anterior. Pero cuando el príncipe llegó a su alcoba, preguntó al criado qué significaban aquel murmullo y aquel ruido que había escuchado la noche pasada.

El criado le contó entonces que se había visto obligado a darle una bebida somnífica, porque cierta desdichada había pasado la noche secretamente en su habitación; y que también esa noche le habían ordenado administrar al príncipe la bebida somnífica. «Vierte la bebida junto a mi cama», le dijo el príncipe.

Y así, al llegar la noche, fue introducida de nuevo en su alcoba la legítima esposa; y cuando comenzó a contarle sus penas y desventuras, él reconoció inmediatamente por la voz a su amada esposa, corrió hacia ella y exclamó: «Solo ahora quedo liberado por ti del hechizo, pues hasta ahora he vagado como en un sueño, porque esta princesa extranjera me había encantado y procuraba apartarme de ti; pero Dios me ha hecho recobrar el juicio a tiempo».

Y entonces huyeron secretamente del castillo durante la noche, temiendo al padre de la princesa, malvado hechicero, y montaron sobre el grifo, que los llevó más allá del Mar Rojo; y cuando se hallaban justo en medio del mar, ella dejó caer su nuez sagrada.

Inmediatamente creció de ella un gran nogal, sobre el cual el grifo pudo descansar, y luego los llevó a casa, donde encontraron a su hijo ya crecido y embellecido.

Y vivieron allí hasta la muerte, en abundancia y felicidad.